

## SECCION SEGUNDA.

## DE LOS ENVIADOS Y SU MISION.

No basta probar que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento son verdaderos en todas sus partes; es preciso demostrar que son divinos: porque las amplias materias que estos libros contienen, son de una gerarquía superior á las investigaciones humanas, y lejos de contentarse con los tributos del convencimiento, exigen por su propia naturaleza el omnímodo vasallaje de la razon á la fe. Puede la filosofía pelear cuanto pueda por las convicciones; pero solo Dios es dueño de encadenar con su palabra la creencia del género humano. Para convencernos, basta que se nos ilustre por la razon; para creer, es de todo punto preciso que se nos hable á nombre de la Divinidad. He aquí lo que ha sucedido precisamente con esos personajes diversos que figuran principalmente en la historia santa. Todos ellos han venido á la tierra con un carácter singular y privilegiado, y con un cierto predominio sobre las creencias, el cual no podia ser derivado ni del talento ni del poder de los hombres: han producido grandes é importantes revoluciones en el mundo; pero sin atribuirse á sí mismos ni el pensamiento ni la accion; es decir, han hablado y obrado, pero á nombre de la Divinidad. Un principio idéntico determina el carácter de sus pensamientos, de sus escritos y de sus funciones; y no puede probarse, en consecuencia, la divinidad de su mision, sin que lo quede por este solo hecho la inspiracion celestial de sus libros. Conformes con estas ideas, vamos á hablar de la mision de Moises y los profetas, de Jesucristo y los apóstoles, y por tanto, á presentar los libros santos en su mas alta gerarquía, para exigir sobre su texto, no solamente los respetos que pide el mérito puramente humano de sus autores, no solamente la conviccion que toca por derecho á la verdad, no solamente la confianza que corresponde á una tradicion antigua, pero inalterable en el curso de los siglos, sino lo que es mas todavía, el universal y omnímodo vasallaje que la voluntad y el entendimiento deben incuestionablemente á unas páginas venerables, selladas por la mano del mismo Dios. Mas para proceder metódicamente en esta investigacion, hablaremos primero de Moises y los profetas, y despues, de Jesucristo y los apóstoles.

## CAPITULO I.

## DE MOISES Y LOS PROFETAS.

Siguiendo la idea que apuntamos desde los preliminares de esta disertacion, al hablar de los argumentos con que se prueba la mision divina de un personaje, procuraremos ceñir á tres puntos el sistema de nuestras pruebas, y son: la vida del personaje, la excelencia de su doctrina, y una cierta emanacion de poder sobrenatural que se mira resplandecer en alguna ó muchas de sus obras. El primero de estos personajes es Moises, legislador del pueblo judío y autor del Pentateuco. Su primera mision fué cerca de Faraon, para que libertase al pueblo escogido. Desde entónces manifestó Moises aquella resistencia que es natural cuando se trata de ciertas empresas que traspasan con mucho los límites de la posibilidad personal de los hombres. Se trataba de obligar al rei de Egipto á dejar salir de su reino á los israelitas prisioneros. ¡Empresa colosal! ¡Con qué recursos acometerla! El pueblo estaba cautivo; el caudillo era un solo hombre, y un solo hombre no podia en manera alguna contrarrestar el soberbio dominio de un monarca fuerte y opulento. Estas ideas gravitan con la mayor fuerza sobre el alma de Moises, y al irresistible peso de su conviccion, no puede ménos que mostrar la imposibilidad del hecho al mensajero celestial que habia venido á intimarle su legacion divina. Entónces le presenta este una vara, que convertida desde luego en serpiente, y recobrando á poco su antigua forma, viene á ser á un mismo tiempo el instrumento y la contraseña de que por solo el hecho de ser nombrado por Dios, recibia de él mismo, en la parte necesaria para su empresa, la comunicacion de ese poder sobrenatural que rige los mundos y sacude como la paja leve los ejércitos y los tronos. Era necesario sin duda poseer una prudencia consumada, una política triunfante y una elocuencia irresistible, así para presentarse á desempeñar la legacion mas comprometida en un pueblo que entónces era la cuna y el emporio de la filosofía, y ante una corte bañada por donde quiera con el esplendor de las ciencias y de las artes, como para conducir al pueblo libertado, sostener su fidelidad entre las rudas tribulaciones del desierto, y prepararle á la plenitud política de un Estado que habia de formar él despues de la publicacion de la lei. Abrumado Moises con el sentimiento de su ineptitud, lo hizo presente al Señor; mas entónces Dios le dijo: “¡Quién ha hecho la